

**Bonfil Batalla, Guillermo (Compilador). Utopía y revolución: el pensamiento político de los indios en América Latina, México, Editorial Nueva Imagen, 1981, 438 pp.**

Algunas escuelas sociológicas sostienen que es difícil analizar objetivamente aquello con lo cual nos identificamos emocionalmente; tal sería el caso de la obra que me propongo reseñar. El libro compilado por Bonfil Batalla constituye un aporte inestimable para el conocimiento, y el reconocimiento, de la emergente dinámica étnica en la mal llamada América Latina. Los ensayos, documentos, manifiestos y textos se diversa índole que incluye, representan una acumulación de información hasta este momento fragmentaria o limitadamente conocida, cuya circulación se reducía —en algunos casos— a ediciones regionales o impresiones mimeográficas. Organizar el conjunto de tan disperso material, buscar su coherencia subyacente e intentar un balance analítico del mismo, es la empresa cuyo resultado nos entrega el autor, precedido por una amplia introducción que pretende buscar una síntesis generalizadora.

Sería arbitrario intentar resumir el medio centenar de textos producidos por intelectuales, congresos y organizaciones indígenas que constituyen el núcleo de la obra. Pero es importante señalar que su lectura representa un dato esencial en la reflexión sobre la cuestión étnica en el ámbito territorial latinoamericano. Esencial porque es poco frecuente la aparición de obras de esta naturaleza que otorgan espacio central a la voz de los protagonistas del drama étnico: pareciera que solo sus comentaristas tuvieran derecho a la opinión. En su parte medular, la Declaración de Barbados señala que: “Es necesario tener presente que la liberación de las poblaciones indígenas es realizada por ellas mismas o no es liberación”:

congruente con esta afirmación, de la que también es suscriptor. Bonfil proporciona en su libro la posibilidad de conocer las perspectivas y proyectos autogenerados por las poblaciones indígenas, conducentes a la búsqueda de los caminos que encauzan su centenaria lucha por la liberación. Un mínimo resultado de esta presencia inocultable sería obligar al pensamiento social a la reflexión a partir de ella, si se quiere en contra de ella, pero nunca más sin ella. Hace muchos años que el monólogo de la antropología ha sido invadido por la presencia de voces discordantes: la de los propios miembros de las sociedades que han sido objeto de nuestra preocupación profesional. Muchos no han querido —y muchos aún no quieren— aceptar la abrumadora legitimidad de este discurso alterno, incluso no es excepcional que las organizaciones indias sean acusadas de racismo: la grotesca inversión lógica que refleja dicha conceptualización me exime de mayores comentarios; la víctima es acusada de rechazar a su verdugo.

Pero es quizás en otros ámbitos donde la resonancia de esta obra sea mayor. Inútil es referirnos a los Estados territoriales que incluyen a los pueblos indios cuyos testimonios se recogen en sus páginas: después de casi cinco siglos, los indios reconocen que nadie les otorgará gratuitamente el espacio político y cultural que anhelan; saben que ese espacio será obtenido por ellos mismos o no será. Sin embargo hay un ámbito para el cual Utopía y Revolución representa no sólo un aporte informativo, sino también una herramienta de trabajo: ése es el ámbito de los mismos pueblos indios, que contarán con un resumido pero útil compendio de las alternativas y perspectivas emanadas de sus hermanos dispersos en un dilatadísimo espacio geográfico. Más allá de los congresos indios internacionales, que sólo reúnen a unos pocos dirigentes, este libro proporcionará a las bases étnicas un documento en el cual encontrarán sus luchas específicas ubicadas dentro de un proceso continental. La emergente conciencia panindígena tendrá así nuevos datos para su fortalecimiento, a través de la situación común de pueblos colonizados y expropiados.

Ahora bien, retomando lo que en la obra pertenece a Bonfil, sería quizá pertinente realizar algunos comentarios encaminados a proporcionar pistas y perspectivas sobre el pensamiento del autor. En la introducción, éste aclara sus criterios de selección de textos, dividiéndolos entre los producidos por ideólogos indígenas y los emanados de las organizaciones étnicas. A continuación realiza un rápido balance del contexto en el cual se dan las organizaciones indias en el marco de Estados napoleónicos de pretensión unional; destaca el enfrentamiento de éstas con el indigenismo oficial, que no puede —ni quiere— renunciar a su vocación manipuladora, y comenta la emergencia de una aún minoritaria, pero

saludable, política noetnocida que proponen algunas organizaciones misioneras. Resulta de particular importancia su cuestionamiento de una izquierda ciega a la presencia étnica, a la cual descarta por no ser conceptualizable en términos de las rígidas categorías ortodoxas: resulta así que aquello que no puede ser definido (ni entendido), es negado a través del terrorismo ontológico. La misma acusación es formulada por el autor a una opinión pública y una antropología que siguen sin advertir la relevancia del **hecho étnico**, no sólo como aglutinador político, sino como alternativa de civilización.

En otro punto, Bonfil retoma su conocido ensayo sobre el concepto de "indio" como categoría colonial, el cual unifica arbitrariamente a una multitud de sociedades concretas, aunque destaca que la conciencia panindia rescata esa categoría por lo que contiene de unificación totalizadora: ser indio es ser colonizado. A continuación aborda el problema demográfico; la cuantificación de la población indígena es sin duda un problema difícil, resultado del "etnocidio estadístico" que se advierte en las cifras oficiales al respecto. Sin embargo, y si bien denuncia específicamente también cuestionable; dicha fuente son las estadísticas elaboradas por CADAL (Centro de Documentación Antropológica para América Latina) cuya desglose se proporciona en un anexo. La cifra global resultante es de 30 millones, pero es de advertir que estas estadísticas se basan —en su mayor parte— en cuantificaciones estimativas o en censos arcaicos o tendenciosos. Un ejemplo lo proporcionan los resultados para México, que ofrecen una estimación mínima de 3 161 899 personas y una máxima de 4 111 180 ; frente a las cifras de 8 a 10 millones, que se aproximan más a la realidad, y que manejan las mismas organizaciones indias a las que se pretende ofrecer información alternativa. La sola incorporación de la real magnitud indígena mexicana incrementaría el resultado global por sobre los 35 millones. Estos comentarios, más que criticar el esfuerzo de CADAL, se orientan hacia la necesidad de proponer la realización de nuevas y más confiables estimaciones numéricas, avaladas por un cierto rigor metodológico.

Dentro de los planteamientos de Bonfil, es destacable su síntesis de los que denomina "La permanencia de los pueblos indios", respaldada por una historia propia que refuerza la identidad colectiva, por el lenguaje y por el "estilo de consumo" arraigado en una cotidianidad específica y distintiva; todo lo cual se enmarca dentro del ámbito de una territorialidad propia. El autor pone énfasis en el hecho de que esta presencia no constituye un hecho residual, sino un dato de capital importancia política para la formulación de cualquier proyecto de futuro. Pasa luego revista a algunas de las más importantes organizaciones indias del ámbito

territorial latinoamericano, rescatando su inserción dentro del proceso de los movimientos étnicos a nivel mundial.

Uno de los aspectos quizá más riesgosos de la obra consiste en su propuesta de abordaje al pensamiento indio, lo que necesariamente se organiza como un discurso sobre un discurso con todas las dificultades que ello implica, a pesar de que el autor se propone desde un primer momento tratar de ser fiel al pensamiento que intenta sintetizar. Hecha esta salvedad, identifica a la negación de Occidente como rasgo básico del pensamiento indio, el que al mismo tiempo postularía –en su perspectiva panindia– la existencia de una sola civilización india. Desde mi punto de vista esto no sólo es cuestionable, sino también riesgoso en razón de la homogeneización que implica; la unidad de la situación colonial no basta para abolir la diferencia contextual. Resulta contradictorio que después de destacar el contenido colonial de la categoría “indio”, se puede asumir la existencia de una sola tradición civilizatoria india, salvo que se otorgue el término civilización un contenido multívoco que en realidad sólo ayuda a confundir más que a aclarar el problema. Las culturas indias americanas son expresiones de diferentes tradiciones civilizatorias; en su multiplicidad está su riqueza y su fuerza. Es cierto que todas aparecen basadas en una diferente y más equilibrada forma de relación con la naturaleza: quizás este sea un criterio unificador, en su calidad de sociedades contestatarias a la tradición ecocida occidental, pero la identidad no puede ser entendida sólo en función del contraste. Lo anterior sería equivalente a negar el derecho a la diferencia que se intenta defender, al proponer la existencia de una sola civilización colonizada y conceptualizable por lo tanto sólo en su calidad de tal. El tema es arduo, y ameritaría quizás una reflexión más intensa que la propuesta por el autor y por su reseñista.

Entrando ahora en los aspectos finales de esta intensa y compleja introducción, Bonfil resume a grandes rasgos las demandas y expectativas de futuro legibles en el discurso indio. En ellas el énfasis parece estar puesto en la abolición de la desigualdad y en la afirmación de la diferencia. Dentro de esta óptica se harían visibles diversas expectativas; que van desde los movimientos de restauración pre-colonial hasta un socialismo pluralista con participación india, pasando por los reformismos (en términos de mejoramiento de las relaciones indio-no indio) y por la tesis del socialismo indio, que asume su capacidad de proponer una experiencia socio-organizativa que no requiere de las opciones occidentales.

Las confrontaciones y alianzas de clases están también presentes en la exposición, así como las demandas indias concretas; enfocadas en la defensa de la tierra, el reconocimiento de la especificidad, la igualdad de derechos frente al Estado, la negación de la

represión y de la violencia imperantes, la no aceptación de la planificación familiar que tiende a restringir su peso demográfico, y la denuncia de la “folklorización” de sus culturas. A partir del reconocimiento de esta fuerza vital, real, operante, insoslayable, Bonfil propone la apertura de un diálogo que ya no puede ser pospuesto y que nos atañe a todos: los que han sido y son víctimas del colonialismo y los que han sido y aún son sus alternos; voluntarios o involuntarios opresores .

**Miguel Alberto Bartolomé**